

El lenguaje en el Panegírico es duro, la construcción no pocas veces es forzada, falta á los versos la gracia y soltura que debieran tener, y en todo se conoce el esfuerzo que el poeta ha debido ejecutar; pero precisamente esto revela, que el autor escribía en el siglo de Augusto, porque los discípulos de los retóricos, en tiempo del Imperio, estaban más ejercitados y se expresaban con más habilidad, y estas cualidades no podía reunir las el joven Tibulo, cuando el lenguaje poético no estaba todavía formado, ni ninguno había escrito aún con la dulzura de Ovidio.

Un retórico posterior á la época de Augusto, se hubiera fijado más en las palabras y en los modismos, y en la construcción de la frase; pero el autor, cuidó más del plan general de la obra y de la distribución del asunto, y precisamente en esto se ve una diferencia característica.

El Panegírico está escrito de acuerdo con las reglas de una retórica severa, y después del exordio se deja conocer el tema, y luego, éste se divide en sus diferentes partes, y después, se van tratando todas ellas metódicamente, hasta llegar á la conclusión. Los méritos de Mesala se dividen en civiles y militares. Se da gran importancia á la elocuencia, pero ésta se divide en jurídica y política-forense. Se habla de su excelencia en la guerra; pero sus méritos militares se dividen en dos clases, ya sea que se revelen en el servicio de los campamentos, ó ya en el servicio de la guerra.

El autor del poema compara á Mesala con Ulises, y después de presentar un extracto de la Odisea, acaba por decir que Mesala es más elocuente que Ulises. Divide á la tierra en cinco zonas, y las reúne después en dos grandes divisiones, las de los países templados, y la de la zona helada del Norte, para llegar á decir que Mesala es el único que tiene una gloria igual en las dos partes de la tierra. Por último, en la descripción detallada de las acciones de guerra de Mesala, hace el autor alarde de sus muchos conocimientos geográficos.

Como Teuffel lo asegura, si la obra es de Tibulo, recién salido el poeta de las manos de sus maestros los retóricos, ella nos haría ver al poeta en el período de su transición alejandrina, escribiendo su poema á la manera de los himnos griegos.

Gruppe y Hankel, han llamado la atención de los críticos acerca de ciertas peculiaridades del estilo y métrica de Tibulo, y acerca de ciertos detalles de su vida, que á su juicio, no dejan duda respecto al autor del Panegírico.

Hankel encuentra en el Panegírico empleadas algunas palabras, tales como las usó Tibulo en sus Elegías, y de allí concluye, que es uno mismo el autor de las Elegías y el Panegírico.

En el verso 18 del Panegírico, se dice: «Alter dicat opus magni mirabile mundi,» donde el pronombre «alter» está usado por el poeta en lugar de

«alius,» y así también lo empleó Tibulo en la Elegía IX del Libro I, verso 79, cuando dijo: «Tum flevis, cum me vinctum puer alter habebit.»

En el Panegírico, verso 29, se dice: «Non tua maiorum contentast gloria fama,» donde «tua gloria» significa lo mismo que «tu.» Esta figura es rara en Tibulo; pero á pesar de eso, dijo en la Elegía II del Libro I, verso II: «Et mala si qua tibi dixit dementia nostra.»

En el Panegírico, verso 50, se lee: «Vixerit ille senex quamvis dum terna per orbem.» «Saecula fertilibus Titan decurreret horis,» en donde el poeta escribió «orbem» en lugar de cielo, empleo que Tibulo dió á esa palabra en el verso 50 de la Elegía II del Libro I: «aestivo convocat orbe nives.»

En el Panegírico, verso 82: «Iam te non alius belli tenet aptius artes,» el verbo «tenendi» está empleado en lugar del verbo «sciendi,» tal como lo usó Tibulo en el verso 51, Elegía II, Libro I: «Sola tenere malas Medae dicitur herbas;» y en el verso 190: «Sed licet asperiora cadant apoliisque relictis,» el verbo «cadere» significa lo mismo que «accidere,» como en el verso 85, Elegía VI del Libro I de Tibulo: «Haec aliis maledicta cadant.»

En el Panegírico, verso 172: «Tondeturque seges maturos annua partus,» el adjetivo «annuus» está en lugar del adverbio «quotannis,» y de la misma manera dijo Tibulo en el verso 48, Elegía I del Libro II:

«Deponit flavas annua terra comas; y en el verso 111: «Quem si quis videat vetus ut non fregerit aetas,» las palabras «vetus aetas» significan solamente «aestas,» y Tibulo escribió también en el verso 50, Elegía VIII del Libro I: «In veteres esto dura puella senes.»

Por último, el mismo Hankel hace observar, que el adjetivo «aptus,» que no fué usado por Ligdamo, se lee en tres versos del Panegírico, y en cuatro del Libro I de Tibulo; que el adverbio «ubi,» no empleado por Ligdamo, se halla en el Panegírico, y siete veces repetido en Tibulo, y que la enumeración que en la Elegía VII hace Tibulo de los ríos, es semejante á la que se lee en los versos 140 y siguientes del Panegírico.

Por lo que se refiere á las peculiaridades de la métrica, Hankel hace notar, que tanto Tibulo como el autor del Panegírico, no admiten un espondeo en el quinto pie del hexámetro, ni un vocablo monosilábico en el sexto, que ambos se abstienen de la cesura bucólica, y que en uno y en otro, las palabras yámbicas, dactílicas y créticas, que terminan en «m,» no se eliden con la primera sílaba de la siguiente. Respecto de la cesura dice: que de los 211 hexámetros del Panegírico, 175 tienen cesura pentemímera; 20, cesura trocaica unida á la heptemímera y tritemímera; 3, trocaica con la heptemímera únicamente; 3, con la pentemímera y hetemímera; 8, con la tritemímera y la hiptemímera; 1, con la trocaica y heptemímera, y 1

con la heptemímera únicamente, y que de 211 hexámetros del Libro I de Tibulo, las Elegías X, VII, IV, IX, VIII y I, versos 1 á 43, 166 tienen la cesura tritemímera; 34, la trocaica unida á la heptemímera y á la tritemímera; 2, á la trocaica con la heptemímera únicamente; 6, la pentemímera con la heptemímera, y 3 la tritemímera con la heptemímera.

Gruppe llama la atención acerca de una reminiscencia de Tibulo, que se encuentra en el Panegírico. En el verso 187 se dice: «Et domino satis et nimium furique lupoque,» y en la Elegía I del Libro I, verso 33, se lee: «At vos exiguo pecori, furesque lupique Parcite,» y Hankel recuerda toda la descripción comprendida en los versos 161 á 174 del Panegírico, que no es sino la repetición de muchos pasajes de Tibulo, en que celebra la vida rústica. Gruppe, por último, cree encontrar en la vida del autor del Panegírico, un hecho que ocurrió en la de Tibulo; porque si aquél dice con claridad que había perdido antes una parte de sus ricas propiedades rústicas, y que estaba en peligro de perder más todavía, Tibulo perdió también, y por dos veces, la riqueza que había heredado de sus padres.

La comparación de la Elegía VII del Libro I, con el Panegírico, ha proporcionado todavía á los que sostienen su autenticidad, nuevos motivos para justificar su creencia, porque no sólo dicen que una y otra obra se asemejan, sino que ambas son igualmente media-

nas, que ambas adolecen de los defectos retóricos, y que en las dos, el alarde de conocimientos geográficos, y las frecuentes digresiones, hace ver que el autor debe haber sido uno mismo. Gruppe encuentra, á pesar de los cuatro años que separan el Panegírico y la Elegía VII, porque el uno fué escrito en 723 y la otra en 727, que el poeta tiene todavía dificultades para escribir sus versos, y da como prueba, la repetición de «Hunc» en los versos 1 y 3 de la Elegía; señala como defectos retóricos, los versos 13 á 24, que dicen:

an te, Cydne, canam, tacitis qui leniter undis  
caeruleus placidis per vada serpis aquis,  
quantus et aetherio contingens vertice nubes  
frigidus intonsos Taurus a. l. t. Cilicas?  
quid referam, ut volitet crebas intacta per urbes  
alba Palaestino sancta columba Syro,  
utque maris vastum prospectet turribus aequor  
prima ratem ventis credere docta Tyros,  
qualis et, arentes cum findit Sirius agros,  
festilis aestiva Nilus abundet aqua?  
Nile pater, quanam possim te dicere causa  
aut quibus in terris occuluisse caput?

y acaba por hacer constar, que el poeta Tibulo era tan aficionado como el autor del Panegírico, á los asuntos mitológicos y geográficos.

Hankel comparte las observaciones de Gruppe, y hace notar, además, que la digresión relativa á Osiris,

que se halla en la Elegía, recuerda la que en el Panegírico se refiere á Ulises.

Los que combaten la autenticidad del Panegírico, fundan á su vez su opinión, en las consideraciones siguientes:

I. Que el Panegírico de Mesala es una obra mediocre, y si fué escrito en 723, no puede atribuírsele á Tibulo, excusando sus defectos con la juventud del poeta, porque precisamente en ese año escribió las primeras Delianas, que no sólo son sus mejores Elegías, sino las mejores de la poesía latina.

II. Que el Panegírico, por la distribución del asunto, por la manera de tratarlo, y por la ciencia que revela su autor, es la obra de un retórico, ya sea de los tiempos del Imperio, como lo supuso Heyne, ó ya de la época de Augusto, como lo creyeron Bach y Dissen, y Tibulo en ningún caso puede ser considerado como un retórico, ni tuvo jamás el período alejandrino que Teuffel imaginó.

III. Que las peculiaridades de estilo y de métrica, y las reminiscencias de palabras, no pueden jamás ser bastantes para justificar que dos obras son de un mismo autor, pues siguiendo ese criterio, un poema apócrifo podría atribuírse á varios autores á la vez.

IV. Que la comparación del Panegírico con la Elegía VII, pone más de relieve que aquél no puede ser de Tibulo; no sólo porque la Elegía VII es superior, sino porque para que la Elegía fuera el trabajo de un

principiante, sería preciso anteponerla á las Delianas, lo cual no es cierto, ó suponer que Mesala hizo un segundo viaje á Oriente, acerca del cual no habla la Historia.

Si el Panegírico fué escrito en 723 para celebrar la elevación de Mesala al Consulado, no es posible que sea una obra de la juventud de Tibulo.

Parece cierto que el Panegírico se escribió para festejar la elevación de Mesala al Consulado en unión de Augusto, porque los versos 121 y 122 del poema, no pueden referirse más que á ese acontecimiento.

El autor del Panegírico dijo:

Nam modo fulgentem tyrio subtemine vestem  
Indueras oriente die, duce fertitis anni.

Por otra parte, el Panegírico no pudo escribirse en una fecha posterior al año de 723, porque si tal cosa hubiera ocurrido, el autor hubiera hecho referencia al viaje de Mesala á Oriente, á las proezas que en él realizó, y á la guerra de Aquitania y al triunfo que con tal motivo le fué acordado en 727, y no hay en él nada que de cerca ó de lejos, haga alusión á la vida de Mesala, posterior á esa fecha.

Pues bien, si esto es verdad, Tibulo no pudo ser el autor del Panegírico, obra mediocre y digna de un joven principiante, como todos convienen que es el Panegírico; porque, precisamente, en ese mismo año

escribió la Elegía III del Libro I, que es la segunda de las Delianas y una de las obras maestras de su genio.

En efecto, según Apiano («Bell Civil,» IV, 38, y «Veleyo Patérculo,» II, LXXXIV), Mesala llevó á cabo su viaje á Cilicia en el mismo año de su Consulado, y pocos meses después de que tuvo lugar la batalla de Accio, á fines tal vez de 723, y Tibulo, en la Elegía III del Libro I, dice que acompañó á Mesala hasta Corcyra, y que allí la enfermedad lo obligó á detenerse y á dejar partir sin él á sus amigos.

Es un hecho, pues, perfectamente establecido, que la Elegía III del Libro I, fué escrita á fines del año de 723, y este hecho sirve de base para fijar la cronología de las Delianas y para saber cuántas, á lo menos, había escrito en esa época.

Mucho han discutido los críticos acerca del orden en que las Delianas fueron escritas; pero con excepción de Lachmann y de O. Richter («Rheinisches Musaeum,» XXV), que las ponían en el orden siguiente: III, I, II, V, VI; Pasow («De ordine temporum quo primi libri elegias scripsit Tibullus,» 1831), y Dissen (obra citada, 1835), y Gruppe (obra citada, 1838), y W. S. Teuffel («Proemium translationis Tibulli germanicae,» 1853), y Baehrens (obra citada, 1877), han colocado siempre la Elegía I como anterior á la III, fundándose en que, en la Elegía I, Tibulo rehusa por amor á Delia acompañar á Mesala á la guerra, y en la

III, se le ve marchar con él á Oriente y quedar detenido en el camino.

Este orden de las Delianas, demuestra que á fines de 723 Tibulo había dado ya á luz las dos hermosísimas Elegías que hasta hoy son consideradas como sus mejores obras.

Ahora bien, ¿puede asegurarse que el poeta, autor de las Elegías I y III del Libro I, pudo escribir durante el mismo año de 723 el Panegírico de Mesala? ¿Pudo escribir Tibulo un poema reputado como obra de los primeros días de su juventud, cuando ya había hecho conocer los frutos más sazonados de su ingenio, como lo son, sin duda, las Elegías Delianas?

Por otra parte, el Panegírico es, á no dudar, la obra de un retórico, ya sea de la época de Augusto ó posterior á ella, y Tibulo jamás, ni en sus comienzos, fué un poeta retórico, ni tuvo nunca, como lo dijo Baehrens, los defectos que caracterizaron á los alejandrinos que tanto pulularon en Roma en los tiempos de César, y que dejaron como recuerdo Io y Glauco y la Esmirna, y otros poemas de esta índole.

El poema, por su forma ampulosa y hueca, por su estilo duro y rebuscado, por su estudiada y metódica distribución, por la ciencia geográfica de que hace alarde con forzada amplitud, y á causa también de la exageración de todos los sentimientos que expresa, ya falta de sinceridad en la modestia, ya exceso de bajeza en la adulación, ya carencia de honradez en la

alabanza, como lo hicieron ver Bach, Dissen y Herzberg, tiene que ser un ejercicio retórico, ejecutado por alguno de los muchos poetas del círculo de Mesala que, mientras más apartados del protector vivían, con mayor razón miraban en él una providencia y un semidiós.

Todos los críticos consideran como la primera obra de Tibulo la Elegía X del Libro I. Unos, como Passow, que adopta fecha distinta para el nacimiento de Tibulo, hace remontar la Elegía hasta el año de 715. Dissen se atreve á poner un intervalo de once años entre la Elegía X y las Delianas, y cree que fué escrita en 712. Aun sin aceptar estos datos, que pueden parecer exagerados, es indudable que dicha Elegía es del período de 717 á 723 y, en todo caso, anterior á las Delianas.

Ahora bien, ¿quién se atrevería á asegurar que hay siquiera, en la obra de juventud de nuestro poeta, la más ligera reminiscencia de alejandrismo?

La Elegía es inferior á las otras; pero, ¿puede darse en los poetas alejandrinos algo tan personal como este himno en que al igual se cantan la paz y el amor, y en que se expresan, con gran naturalidad y sencillez, los sentimientos propios del espíritu de un adolescente que da los primeros pasos en la vida?

Las observaciones de Hankel acerca de las peculiaridades del estilo y de la métrica de Tibulo, son los argumentos más serios que hayan podido hacerse va-

ler en defensa de la autenticidad del Panegírico; pero no por eso deben considerarse concluyentes.

Los estudios de esta índole, hechos por críticos eminentes acerca de las Elegías de Ligdamo, han demostrado todo lo que puede esperarse de este género de pruebas. Comparar las obras de dos poetas entre sí para hallar las imitaciones que el uno hubiera hecho del otro, y señalar el empleo común de idénticas expresiones, giros, locuciones y frases, y puntualizar la observación de idénticas reglas de métrica, no es ni puede ser bastante para concluir que ambas obras son de un solo y mismo autor.

Para hacer ver la falacia que encierra tal demostración, bastaría comparar la obra en cuestión con la de otro autor cualquiera, y comprobar la existencia de las mismas imitaciones, el uso de iguales palabras y modismos, y el empleo de las mismas formas métricas.

Los que se han consagrado á analizar las frecuentísimas imitaciones que Ovidio hiciera de Tibulo, de quien, en infinidad de casos, tomó los pensamientos, las palabras, los versos enteros, podrían también concluir, atribuyendo á Tibulo la paternidad de más de una de las Elegías del poeta de Sulmona, si hubiera de seguir ese sistema.

Hugo Hartung se ha encargado de refutar á Hankel, y en este punto, principalmente, sus conclusiones no pueden ponerse en duda.

Si Tibulo y el autor del Panegírico emplearon el pronombre «alter» en vez de «alius,» Horacio hizo igual cosa en la Epístola XIV del Libro I, verso 11:

Cui placet alterius, sua nimirum est odio sors;

si ambos usaron las palabras «tua gloria» en vez de «tu,» Propercio, en la Elegía VII del Libro II, verso 17, dijo:

Hinc etenim tantum meruit mea gloria nomen;

si los dos emplearon la palabra «orbs» en vez de cielo, Horacio, en la Oda III del Libro III, escribió:

«Si fractus inlabatur orbis.»

Si ellos hicieron uso del verbo «tenendi» por «scienti,» Virgilio, en la Égloga IX, dijo:

numeros memini, si verba tenerem,

y, por último, si Tibulo y el Panegirista escribieron «cadere» por «accidere» y «annuus» por «quotannis,» Cicerón hizo lo mismo en muchos pasajes de sus obras.

Comparando á Lucrecio con el autor del Panegírico, es de notar que éste empleó «texere» y sus compuestos al igual del otro, y que la expresión «aeras aerias» de Lucrecio se encuentra en el Panegírico,

Ovidio y el autor del Panegírico coinciden en muchos puntos, y si éste dijo: «aeterno Homero» en el verso 180, Ovidio repitió: «aeterno Homero» en la Elegía X del Libro II de las Pónicas; y si aquél escribió «conditor actis» en el verso 4, Ovidio usó el verbo «condere» con el mismo sustantivo en el verso 335 de la Elegía del Libro II de las Tristes; y si uno empleó el adjetivo «foedatus» en el verso 57, Ovidio lo repitió en la Elegía III del Libro I de las Tristes.

Propercio y el Panegirista también pueden ser citados á este respecto. Si éste dijo en el verso 7: «est nobis voluisse satis,» Propercio escribió en la Elegía X del Libro II: «in magnis et voluisse sat est;» si aquél, en el verso 13, hizo uso de la locución: «vestigia ponere;» el otro, á su vez, dijo en la Elegía IX del Libro II: «meo ponet vestigia lecto.»

La comparación hecha por Hartung puede exagerarse más todavía y hacerse con todos los otros poetas latinos, y, es seguro, que el examen revelaría que en todos, en Catulo, en Horacio y en Virgilio, habrían de hallarse reminiscencias de la índole de las citadas.

En lo que á la observancia de determinadas reglas métricas se refiere Hartung, recuerda que ellas fueron observadas también por Horacio, por Virgilio y por Ovidio, como por todos los que escribieron versos épicos, y cita, al efecto, lo que, en su libro de «Re Metrica poetarum latinorum,» escribió Luciano Müller.

Los que combaten la autenticidad del Panegírico, no se pueden explicar cómo ha podido parangonarse dicho Panegírico con la Elegía VII del Libro I, respecto de la cual son más las diferencias que las semejanzas.

El plan general de ambas obras, la distribución del asunto, el sistema seguido para el desarrollo de la idea principal de los dos poemas son enteramente distintos, y lo que en la Elegía hay de orgullo en el poeta «*Non sine me est tibi partus honos,*» es en el Panegírico falsa modestia y humildad exagerada; lo que en aquella hay de sobriedad, en éste es ampulosidad; lo que en la una es precisión, en el otro es dureza.

Hay, es cierto, en la Elegía alguna acumulación de nombres geográficos; pero nunca esa acumulación es inútil, ni se le emplea en digresiones ociosas; porque en la Elegía sirve nada menos que para designar los triunfos conquistados por Mesala en las diversas expediciones guerreras. Nótase, es verdad, en la Elegía el episodio de Osiris, que no encaja bien cortando el elogio de Mesala; pero, en cambio, ¡cuánta belleza ha derramado Tibulo á manos llenas en esa digresión! La descripción de los beneficios que Osiris hizo á los humanos enseñándoles el cultivo de la tierra, será siempre una de las páginas más hermosas de la literatura latina.

Pero independientemente de los méritos de la Elegía, por la fecha en que fué escrita no debe estimár-

sela como el trabajo de un principiante, toda vez que, consagrado á celebrar el triunfo de Mesala, después de la guerra de Aquitania, no pudo ser escrita antes del año 727 en que le fué concedido el Triunfo.

Si la I y la III de las Elegías del Libro I fueron compuestas: una, antes de realizarse la expedición al Oriente, y otra, en los momentos en que dicha expedición tenía lugar en 723, es indudable que la Elegía VII la escribió Tibulo cuando estaba en el apogeo de todas sus facultades.

Para negar estos hechos sería preciso aplazar la fecha de la composición de las Elegías Delianas, y como la Elegía III del Libro I fué escrita en Corcyra durante el curso del viaje á Oriente, obligar á Mesala á hacer un segundo viaje posterior al año 727, acerca del cual nada dicen los historiadores de aquella época.

Pesando, con ánimo imparcial y sereno, los argumentos de los que sostienen la autenticidad del Panegírico, así como los de aquellos que la combaten, es necesario pronunciarse en favor de estos últimos, porque tienen en su apoyo la cronología perfectamente establecida de las obras de Tibulo, el orden en que fueron escritas, la historia de la vida del poeta y del Cónsul Mesala, y los datos todos que la filología y la crítica pueden proporcionar.

El Panegírico de Mesala no es, pues, una obra de Tibulo, y no es digna de figurar en la colección de este poeta.

¿Quién es el autor de las Elegías II á VI del Libro IV?

Las cinco Elegías que comprenden la primera parte del Libro IV deben subdividirse en dos distintos grupos: el primero que abraza las Elegías II, IV y VI, consagradas á Sulpicia ó que hablan de ella, y las Elegías III y V dirigidas á Cerinto. La Elegía III está escrita en elogio de Sulpicia, con motivo de las fiestas de las calendas de Marzo, y celebra la belleza de sus ojos y la gracia de que siempre hace alarde, ya lleve sueltos ó trenzados sus cabellos, ya sea que use trajes niveos ó teñidos con la púrpura de Tiro. El poeta invita á las Musas y á Apolo para entonar un canto en honor de Sulpicia. La IV está dirigida á Febo, y tiene por objeto, no sólo pedirle que libre á Sulpicia de la enfermedad que la aqueja y, al efecto, le suministre los jugos que dan nueva vida á los cuerpos enfermos, sino consolar á su amante que debe guardar su llanto para cuando ella se le muestre esquiva. La VI está consagrada á Juno Natal con motivo de las ofrendas que Sulpicia le ofrece en abundancia para que la diosa le sea propicia, y á ella y á su amante los una con un mutuo amor.

La Elegía III está dirigida á un jaball, porque Cerinto se ha ido á la caza y su amada desea verlo volver sano y salvo. En esta Elegía, la amada de Cerinto deplora no haberlo acompañado, porque, á lo menos, ella hubiera conducido las redes, hubiera busca-

do las huellas de los ciervos y desencadenado á los perros; las selvas hubieran sido de su gusto, si en ellas se hubieran amado. Un rasgo de celos y una explosión de amor terminan la Elegía:

Et quaecumque meo furtim subrepat amori,  
Incidas in saevas diripienda feras.  
At tu venandi studium concede parenti  
Et celer in nostros ipse recurre sinus.

La Elegía V está consagrada á Cerinto, y dirigida á él, porque su amada comienza por declararle, que el día en que fué suyo, será para ella sagrado y de fiesta, pues desde que nació, las Parcas lo celebraron como yugo y señor de las mujeres. La amada pide á su Genio protector, que sea mutuo el amor que ella le profesa, y que si llega él á suspirar por otras, apague entonces el fuego en que se abraze el ingrato.

Así como ya hemos visto que Broukhusio, sin tomar en cuenta que en las Elegías II, IV y VI, se habla de Sulpicia como de tercera persona, y se le consagran elogios, y se pide el restablecimiento de su salud, atribuyó á Sulpicia todas las Elegías del Libro IV, así vamos á ver cómo Voss, y Gruppe, y Zingerle, y Knape, poniendo en olvido que las Elegías III y V están dirigidas á Cerinto por una mujer, tierna y apasionada, han sostenido que Tibulo es el autor de las cinco Elegías, II á VI del Libro IV.

Voss, en su obra ya citada (*Albius Tibullus und*

Ligdamus, 1810), considera como epístolas, todas las pequeñas Elegías del Libro IV, y apoya su creencia de que Tibulo es su autor, en la vida de este poeta atribuida á Suetonio, que se halla en los M. SS., y en la cual se lee el siguiente párrafo: «Epistolae quoque eius amatoriae, quanquam breves, omnino utiles sunt.» Si Tibulo, según Suetonio, escribió epístolas amorosas, y éstas fueron breves y útiles, Tibulo es el autor de las Elegías del Libro IV, tanto porque éstas son pequeñas, como porque es necesario reconocerles el pronunciado carácter epistolar que tienen.

Voss, por otra parte, no cree en la existencia de una poetisa, que en tiempo de Augusto llevara el nombre de Sulpicia; ni concibe que la autora de las Elegías pueda ser la Sulpicia, *Calenis uxor*, que existió en tiempo de Domiciano, y á quien se refirió Marcial. Voss dice: en efecto, si en la época de Augusto se hubiera distinguido con tan excelentes composiciones una joven de la noble estirpe de los Sulpicios, sin duda, tan rara aparición hubiese sido celebrada con grandes elogios por sus contemporáneos y por sus pósteros. Desde luego, el mismo ingenioso y noble poeta que escribió la composición á Sulpicia enferma (Epístola III), la hubiera recomendado al dios de los poetas, y el galante Ovidio, que con tanta frecuencia enumera los poetas latinos, ¿habría permanecido mudo respecto de ese maravilloso ruiseñor? Cuando menos, recordando á la Sulpicia del tiempo de Domi-

ciano, se hubiera visto precisado á designar á esta nueva Sulpicia, como la segunda flor de la familia de los Sulpicios. En cambio, la segunda Sulpicia, por mucho que le cegara el amor propio, jamás se hubiera atrevido á presentarse como la primera romana, cultivadora de la poesía griega, tratando de opacar á su ilustre antecesora, como ella lo dice en la Censura á Domiciano.

Primaque Romanas docui contendere Graiis.

La Sulpicia de que habla Marcial, tampoco debió ser la autora de las epístolas, porque, dada la época en que floreció, no pudo ser la amada de Cerinto, á quien Tibulo cantó, ni éste pudo llegar á conocerla, tomando en cuenta el tiempo de su muerte.

Para Voss no es un obstáculo que sea una mujer quien hable en esas Elegías, y que los sentimientos que exprese, sean los del corazón de una virgen enamorada; porque, á lo sumo, eso revelaría que ella colaboró en la obra del poeta, y que éste, teniendo á la vista sus cartas amorosas, tomó de ellas la sinceridad de la pasión y la verdad de los sentimientos. «El poeta se inspiró en la joven, que sintiéndose poseída por un amor que nada tenía de culpable, ansía fervorosamente por el lazo ardiente y eterno, é hizo la obra de arte, escogiendo la principal de las cartas auténticas, poniéndolas en un orden metódico, y cuidando la expresión poética, y la melodía del verso.»

Según Voss, las Elegías fueron, pues, hechas en mancomún por Tibulo y por Sulpicia; y Tibulo, renunciando á hacer, como siempre lo había hecho, una obra subjetiva, se contentó con poner su inspiración al servicio de una pasión ajena, para prestar vida y alma á aquella novela de amor de Cerinto y de Sulpicia.

Las observaciones de Voss son dignas de ser tomadas en consideración; pero á nuestro juicio no son definitivas; porque no es, ni puede ser fundamento bastante para dejar de atribuir á Sulpicia las Elegías que son obra de una mujer, el que Ovidio no hubiera hablado de ella en el Libro II de las Tristes, y el que la Sulpicia de la época de Domiciano, se hubiera creído la primera que enseñó á las romanas á competir con los Griegos.

El silencio de Ovidio es fácilmente explicable, sobre todo, si son ciertas las reflexiones de Carlos Lachmann (*Allgem Litt Zeitg.* 1836, No. 109, pág. 255) y de F. Háase (*Berliner Jahrt f. rissensch Kritik* 1837, No. 5, pág. 40), según quienes, el Libro IV salió de la casa de Mesala, y fué publicado tan sólo después de su muerte, y debe considerársele como un libro de familia, formado en el círculo de Mesala y de los demás ilustres amigos suyos, que se interesaban por la poesía. Si el libro que contiene las Elegías de Sulpicia, no se publicó durante la vida de Ovidio, no es de extrañarse que no hubiera hecho alusión á él. En la

Elegía que Ovidio consagró á Tibulo, y en la II de Las Tristes, no sólo nos dice que no tuvo tiempo para cultivar su amistad, sino que revela que tan sólo había conocido el Libro I de la colección, único hasta entonces publicado.

El verso de Sulpicia, citado por Voss, no dice tampoco lo que ha querido deducir de él; porque Sulpicia no afirmó, en los hexámetros contra Domiciano, ser la primera poetisa latina, sino la primera que escribió versos griegos, enseñando á las mujeres romanas á competir con las griegas; pero, por otra parte, la Sátira contra Domiciano, que fué descubierta en Bobio en 1493, está considerada por todos los críticos como apócrifa; porque aunque no puede sostenerse con J. C. G. Boot (*Acad. of Netherlands. Amsterdam* 1868), que fué escrita en el siglo XV, sí está fuera de duda, como lo dice W. S. Teuffel (*History of Roman Lit.* tom. II, pág. 128), que lo obscuro é insípido del lenguaje, la ausencia de rasgos característicos, tales como un contemporáneo los hubiera tenido á su disposición, y las particularidades de metro y de dicción, prueban que el poema fué compuesto en un período muy posterior, y simplemente puesto bajo el nombre de Sulpicia.

O. F. Gruppe (obra cit., tom. I, Cap. Sulpitia), compartió la opinión de Voss, pero únicamente en parte; porque cree que son de Tibulo las Elegías II á VII, y de Sulpicia las Elegías VIII á XII. «Tan se-

guro es que las siete primeras Elegías son de Tibulo, como que las otras no son de él. Estas últimas son, en verdad, cartas escritas por otras personas, tal vez por aquella Sulpicia, que en la Elegía X se llama la hija de Servio.»

Para explicar su creencia, comienza Gruppe por suponer que hay dos series bien definidas en el Libro IV; la segunda, formada por las cartas originales de Sulpicia, y la primera, que está constituida por pequeños poemas alternados, uno dirigido á Sulpicia, y otro á Cerinto, y en los cuales se repite la misma historia de amor, con los mismos incidentes é idénticos rasgos de pasión. La diferencia entre una y otra serie, consiste en el lenguaje, en la dicción y en la métrica; porque si el lenguaje en una es torpe, y la construcción pesada y difícil, sobre todo, en la Elegía X, en la otra es de una gran pureza, y revela suma facilidad y elegancia; y porque si en ambas la métrica es correcta, en cambio, en una se notan muchos rípos, para completar la medida de los versos. «Un experto, agrega Gruppe, no puede menos que conocer pronto, que en la segunda serie se trata de un lenguaje femenino, que no está elaborado de acuerdo con las reglas severas de la gramática, y en el cual, las expresiones naturales y sencillas, sin arte, ni retórica, se entrelazan por medio de una construcción bastante libre.»

Gruppe, con su habitual sagacidad, ha señalado una

diferencia esencial entre las dos series de Elegías, y si está en lo justo al atribuir á Sulpicia algunas de las que aparecen escritas por una mujer, no se comprende por qué ha asegurado que la primera serie, según él, II á VII, ha de ser la obra de Tibulo. Gruppe no ha expendido un solo argumento para defender esta tesis, y ella no ha podido descansar en otra cosa, que en la autoridad de su nombre.

Para llenar este vacío, tal vez, escribió A. Zingerle su disertación intitulada: *Weiteres zu den Sulpicia elegien des Tibullus*. (Kleine Philologische Abhandlungen. Innsbruck, 1877, págs. 45 á 90). El trabajo de Zingerle, es la labor pacientísima de un experto filólogo, y con él llega á la conclusión de que las Elegías II á VII, que tratan de Sulpicia, son auténticas; porque no sólo recuerdan en muchos puntos las particularidades de Tibulo, sino porque están escritas en el estilo característico de este poeta, haciendo uso de sus expresiones predilectas, principalmente de aquellas que empleó en las Elegías Delianas.

Para apoyar su conclusión, Zingerle estudia y señala el uso de iguales adjetivos, «tener,» «sanctus,» «celer,» «mutuus» y «celeber,» ya solos ó unidos con ciertos sustantivos, el de los relativos compuestos, «quicumque» y «quisquis,» y otros, el de algunos verbos impersonales, como *puget, piget, paenitet, laedet, decet* y *iuvat*, el de la conjunción *at*, y algunas aunque cortas peculiaridades de métrica.